

## Beata Ana Catalina Emmerick (1774-1824)



El 8 de septiembre de 1774, nació Anne Katherine Emmerick en una humilde granja del pueblo de Flamske en Coesfeld, cerca de Dülmen. Fue bautizada ese mismo día en la diócesis de Münster, Westphalia, al nordeste de Alemania.

Anna Catalina, una niña despierta y muy vivaz, aunque siempre delicada de salud, nació y creció en medio de la pobreza. Poseía el uso de razón desde su nacimiento y podía entender latín litúrgico desde el primer día que acudió a Misa. Desde los cuatro años recibió frecuentes visitas y visiones celestiales. Ana Catalina conversaba familiarmente con el Niño Jesús y vivía estas experiencias místicas tan habituales desde su niñez y con tanta normalidad que, en su inocencia infantil, creía que todos los demás niños también las experimentaban.

Su familia era muy humilde y piadosa, se dedicaba a las labores del campo, tareas que también Ana

Catalina tuvo que ejercer desde los doce años, para más tarde trabajar como costurera y de ese modo ayudar económicamente en su hogar y ahorrar algo de dinero, pues su deseo era, desde muy joven, ingresar en un convento, para lo cual, entonces, se precisaba entregar una dote. Sin embargo, sus padres decidieron que su hija estudiara y la llevaron a un organista para que le enseñara música. Su madre le llevaba alimento en los recreos, viendo que Ana Catalina pasaba necesidades; pero la familia del organista era también muy pobre y Ana Catalina les entregaba su comida, los escasos ahorros para la dote que había conseguido como costurera los fue utilizando en ayudar a esta familia. Por un tiempo fue además sirvienta en la casa parroquial, ayudando en las tareas del hogar de la familia del organista por unos años.

A pesar de la precaria situación económica y la oposición de su familia con nueve hermanos, a los 28 años de edad en 1802 ingresó en el humilde monasterio de las agustinas de Agnetenberg, en Dülmen, el cual carecía de la biblioteca más básica. Allí padeció la incomprensión de las monjas a causa de su vida mística y del hecho de haber ingresado sin dote. Su ascetismo y sobretodo sus éxtasis producidos mientras trabajaba o durante la oración, tanto en su celda como en el oratorio, su celo religioso y sus extrañas dolencias, creaban malestar a la comunidad que, al no comprenderla, la tachaban de privilegiada y la trataban con cierto desprecio. Sin embargo, esta fue la época más feliz de su vida y cumplía sus tareas con alegría por el hecho de que, además la tuvieran de menos.

Durante los procesos de exclaustación de 1813, tras la invasión napoleónica de Alemania, la supresión de conventos decretada por Jerónimo Bonaparte, Rey de Westphalia, dispersó a las monjas; Anne Katherine fue recogida por caridad en la casa particular de una pobre viuda, en Dülmen. Ana Catalina predijo la caída de Napoleón unos doce años antes de que sucediera y así, de algún modo que encierra cierto misterio, se lo hizo llegar al Papa.

Su vida transcurrió sembrada de continuas enfermedades, agravadas al quedarse postrada en cama, inválida tras un accidente en 1813. Fue en casa de la viuda donde recibió los estigmas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo: los de las manos y pies, la herida de la lanza, Corona de Espinas e incluso una cruz sobre su pecho; signos externos que ella trataba inútilmente de ocultar. Sufría y rezaba mucho por las almas de purgatorio, a quienes veía con frecuencia, y por la salvación de los pecadores. Sólo mucho tiempo después se supo que las sábanas empapadas del sudor producido por el sufrimiento físico y espiritual de la hermana Ana Catalina, se helaban literalmente sobre su cuerpo por el viento que, en las frías noches de la Europa Central, se colaba por las rendijas de las paredes.

Durante toda su vida fue adornada de muchos otros dones místicos: locuciones y éxtasis, visiones de la historia de la Salvación, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, de la Virgen María y la vida pública de Jesús; las visiones de la primitiva Iglesia naciente y las futuras sobre la Iglesia; así como de la vida después de la muerte: experimentó la vida de la Iglesia triunfante (en el cielo), la Iglesia purgante (en el purgatorio) además de la Iglesia militante (sobre la tierra). De esta época son conocidas sus visiones sobre los acontecimientos de estos últimos siglos de la historia, como la caída del Muro de Berlín o el Concilio Vaticano II.

Ana Catalina poseía un sobrenatural conocimiento para con los pobres y enfermos que se le acercaban buscando ayuda y consuelo en la que llamaban la “brillante hermanita”; el sufrimiento de los demás le causaba gran compasión y conociendo de antemano sus enfermedades, les recomendaba remedios infalibles.

Hasta el final de su vida, su único sustento fue agua y la Sagrada Comunión. Este extremo fue tres veces exhaustivamente investigado por la diócesis, la policía bonapartista y las autoridades. En 1818 una comisión episcopal, encabezada por el famoso Vicario General Overberg, la investigó por primera vez junto a tres médicos que la examinaron escrupulosamente, con el objeto de no dar lugar a críticas por parte de los enemigos de la Iglesia. Los exámenes dieron como resultado la veracidad de los estigmas y la santa vida espiritual de la hermana Ana Catalina. El Señor, entonces premió su heroicidad y paciencia, con la cicatrización y curación de los estigmas de las manos y los pies y el alivio de las demás señales externas. Más en el Viernes Santo de ese mismo año se le volvieron a manifestar sangrantes.

En 1819, “la piadosa Beguina”, como también la conocía el pueblo que la quería, se encontraba prácticamente en el umbral de la muerte. No contentos con las escrupulosas investigaciones anteriores, Ana Catalina fue encerrada en contra de su voluntad por orden gubernamental. Permaneció en otra habitación aislada de todos y vigilada estrictamente día y noche durante unos veinte días, teniendo que sufrir insultos y amenazas, tratando de obligarle a declarar que sus dones divinos constituían un fraude. Finalmente no consiguieron encontrar en ella nada sospechoso y demoraron la publicación de sus resultados. En vista de la presión ejercida por el pueblo y las autoridades eclesiales, la comisión del Gobierno viendo que Ana Catalina se negaba a declarar culpabilidad alguna, dieron por concluido apresuradamente que todo era un engaño. Desde entonces la vida de Anna Catherina Emmerick fue un permanente sufrimiento expiatorio: carga sobre sí los sufrimientos de otros y se ofrece a Nuestro Señor como alma víctima por la conversión de los pecadores, cuyas miserias ella conocía aún cuando estuviesen muy lejos. Sufría y se ofrecía asimismo en reparación por tantas ofensas, sacrilegios y desprecios a la Iglesia y a los sacramentos. Ella vivió tiempos muy decadentes. La impiedad invadía pueblos y naciones enteras de tal modo que la Fe parecía haberse extinguido, sucumbiendo la Iglesia ante la revolución reinante.

Desde el 18 de febrero de 1818 hasta el 6 de abril de 1823 vivió místicamente y día a día la predicación y Pasión de Jesús, que trató de describir en su dialecto del alemán, ofreciendo innumerables y grandes sufrimientos. Los escritos de Ana Catalina Emmerick constituyen un rico tesoro de sus visiones cotidianas, que ella misma encontraba inefables. Han llegado hasta nosotros gracias a Klemens Brentano, un notable poeta alemán, famoso intelectual y reconocido escritor, requerido por mandato divino para transcribir las visiones de Ana Catalina Emmerick, para el bien de innumerables almas. Permaneciendo día a día, al pie de la cama de la enferma, traducía del dialecto de Westphalia que ella hablaba, los relatos de la vidente, transcribía sus palabras y le traía de nuevo los escritos volviendo a leerlos para comprobar la fidelidad del relato. Se cuenta que Ana Catalina era analfabeta y que por esa causa no podía escribir ni leer lo que Brentano transcribía de sus palabras. A medida que el escritor iba viviendo con ella los relatos y viendo la paciencia de la religiosa enferma, ante sus indescriptibles sufrimientos, su humildad y pureza, Klemens fue recuperando la fe de su infancia. “No hallé en su fisonomía ni en su persona el menor rastro de tensión ni exaltación” - afirmó tras conocer a la que él respetaba como a la novia escogida de Jesucristo - “Todo lo que dice es breve, simple, coherente y a la vez lleno de profundidad, amor y vida”.

A Brentano sólo le dio tiempo a ordenar un índice de las diferentes visiones y la edición en 1833 de “La amarga Pasión de Nuestro Señor Jesucristo conforme a las Meditaciones de Anne Katherine Emmerick”: uno de los libros más conocidos y singulares de la mística alemana, de más de doscientas páginas, el cual es tan singular como lo fue su vida y que, ya por entonces, su publicación constituyó un acontecimiento mundial. La muerte sorprendió al transcriptor preparando las visiones de “La Vida de la Santísima Virgen María”

publicado en 1852 en Múnich y los “Diarios”, un material muy voluminoso que también ha sido compilado y publicado por distintos especialistas.

El relato de la Pasión tal y como ella la ve, comienza con la Última Cena y concluye con la Resurrección. El estilo del libro es muy directo, con gran fuerza, debida a una prosa muy sobria, sin dar lugar a los comentarios; su lectura engancha de tal modo que no se puede abandonar hasta el final. Dividido en escenas muy breves, que bien podrían asemejarse a óleos llenos de expresión, narra la Pasión de Jesucristo desde la Oración en el Huerto a través de minuciosas descripciones concretas de personas, lugares y acontecimientos, expresadas muy vivamente, por lo que resulta comprensible que este libro haya servido de gran ayuda e inspiración para el católico director y actor de cine Mel Gibson, a la hora de hacer su película “La Pasión de Cristo”. Cuenta el mismo Gibson que se encontraba rezando en su despacho tratando de ser iluminado sobre el guión de su película, cuando este libro de Ana Catalina se desprendió de la librería y cayó sobre su regazo, como una señal del cielo.

La veracidad de lo que vio Ana Catalina a todo lo largo de su vida, ha servido de punto de partida para realizar numerosas investigaciones arqueológicas. Con sus visiones en la mano se descubrió Reynolds, los restos de la ciudad de Ur de Caldea. La recientemente descubierta morada de la Virgen en Éfeso resultó ser también tal como ella la había descrito. Del mismo modo se descubrieron en 1981 los pasadizos bajo el Templo de Jerusalén, que Ana Catalina vio al contemplar el misterio de la Inmaculada Concepción de María, dogma que no sería proclamado por la Iglesia hasta treinta años después de la muerte de esta vidente.

El lunes 9 de febrero de 1824, en la localidad de Dülmen, su alma se liberó de su cuerpo consumido por las enfermedades y las penitencias. Su cuerpo se encontró incorrupto a casi dos meses de su fallecimiento; la tumba había sido abierta con autorización, tras los rumores que corrían de que sus restos mortales habían sido hurtados. En 1892 el obispo de Münster introdujo la causa de beatificación y fue declarada Venerable a finales del siglo XIX. Proceso de beatificación reabierto en 1972. En el año 2001 se declaró la heroicidad de sus virtudes (Venerable).

Ana Catalina ha sido beatificada, el 3 de octubre de 2004 por Su santidad Juan Pablo II en la Basílica de Roma. El prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, el cardenal José Saraiva Martins, al leer el decreto de reconocimiento del milagro, que abrió las puertas a la canonización de Catalina Emmerick, constató ante Juan Pablo II:

«Llevó consigo los estigmas de la Pasión del Señor y recibió carismas extraordinarios que empleó para consuelo de numerosos visitantes. Desde el lecho desarrolló un gran y fructífero apostolado. La vida de Anne Katherine Emmerick está caracterizada por una profunda unión con Cristo y una «ardiente» devoción a la Virgen María. Servir a la obra de la salvación por medio de la fe y del amor es el aspecto en que la futura beata puede servir de modelo a los fieles de hoy.»